

# El misterio del Cheshire

CARMEN AGRA DEEDY  
RANDALL WRIGHT  
ILUSTRADO POR JONATHAN FARR







# El misterio del Cheshire

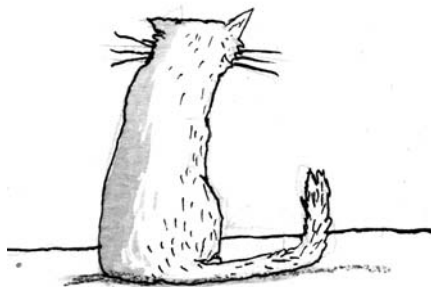
*A LA  
ORILLA  
DEL VIENTO*





# El misterio del Cheshire

CARMEN AGRA DEEDY  
Y RANDALL WRIGHT



*ilustrado por*  
JONATHAN FARR

*traducción*  
IX-NIC IRUEGAS

 FONDO  
DE CULTURA  
ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2011  
Primera edición en español, 2012  
Cuarta reimpresión, 2023  
[Primera edición en libro electrónico, 2023]

---

Deedy, Carmen Agra y Randall Wright  
El misterio del Cheshire / Carmen Agra Deedy, Randall  
Wright ; trad. de Ix-Nic Iruegas Peón ; ilus. de Jonathan  
Farr. — México : FCE, 2012  
221 p. : ilus. ; 19 × 15 cm — (Colec. A la Orilla del Viento)  
Título original: *The Cheshire Cheese Cat: A Dickens of a Tale*  
a Tale  
ISBN 978-607-16-1111-6

I. Literatura infantil I. Wright, Randall, coaut. II. Iruegas  
Peón, Ix-Nic, tr. III. Farr, Jonathan, il. IV. Ser. V. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 D348m

---

### *Distribución mundial*

© 2011, Carmen Agra Deedy y Randall Wright, texto  
Publicado por acuerdo con Peachtree Publishers  
Publicado originalmente en los Estados Unidos con el  
título: *The Cheshire Cheese Cat: A Dickens of a Tale*

© 2012, Jonathan Farr, ilustraciones

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México  
www.fondodeculturaeconomica.com  
Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com  
Tel.: 55-5449-1871

Editoras: Eliana Pasarán y Clara Stern Rodríguez  
Diseño: Miguel Venegas Geffroy  
Traducción: Ix-Nic Iruegas Peón

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,  
por cualquier medio, sin la anuencia por escrito  
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 978-607-16-1111-6 (rústica)

ISBN 978-607-16-8066-2 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

*A mi luminosa nieta, Ruby Rabbit*

C. D.

*A Dawn, mi sol y mi alegría*

R. W.



# I

Era el mejor de los gatos. Era el peor de los gatos.

Ligero, elegante y solitario, Skilley era un gato especial. O lo habría sido de no ser por un secreto que lo agobiaba desde sus primeros años. Un secreto que lo obligaba a vivir en un vergonzoso anonimato, evitando incluso cualquier amistad casual que pudiera descubrir que...

—¡Largo, gato!

Una escoba cayó pesadamente del frío y la niebla de Londres. Sobresaltado, Skilley brincó hacia un lado y la escoba golpeó puro aire. El gato, como sea, se negó a largarse. Vio un pescado, luego vio la escoba, y calculó la distancia entre uno y otra.

—¡Largo de aquí, gato ladrón! —chilló la pescadera, y como si hubiera leído los pensamientos del gato, pateó el pescado bajo su puesto y enarboló la escoba para intentar dar otro golpe.

A Skilley lo enervaban las mujeres furiosas con escobas. A lo único que le temía más era a encontrarse con Pinch, el terror de la calle Fleet.

Con un latigazo de su peculiar cola, Skilley dio la espalda a la mujer, concentrando en el balanceo de sus caderas todo el desdén del que era capaz, pero una vez que dio vuelta en la esquina, recorrió el callejón entero como alma que lleva el diablo. Se detuvo al final del corredor, y al reconocer el empedrado, se le alegró el espíritu.

Ovillada sobre su hoguera, en una esquina cercana, estaba la bruja que vendía castañas asadas a medio penique. A escasos metros de ella, un niño pregonaba sidra caliente. Calle abajo, la canción del ropavejero se mezclaba con el cascabeleo de los carruajes y el murmullo de los peatones.

“Ah, la calle Fleet”, suspiró Skilley.

Hogar de algunos de los mejores comedores y bares de Londres, la calle era el perfecto centro de reunión para los carroñeros. Y al fondo de un modesto patio se alzaba una taberna de lo más singular, la favorita de los escritores de Londres: El Viejo Queso Cheshire.

Skilley contempló la taberna a través de la espesa niebla. Su letrero de madera colgaba retorciéndose en un remolino del viento de enero. Skilley se estremeció y miró con nostalgia la cálida taberna.

“Debe de haber un modo de entrar allí”, pensó.

—Lo que sea que estés pensando... ni se te ocurra —cayó la advertencia, seguida por un suave y amenazante ronroneo.

—Ah, Pinch —dijo Skilley con voz amable, aunque aquella calma externa sólo disimulaba el retortijón que sentía en el estómago—. Buenos días también para ti.

Tornadizo y de sangre pesada, Pinch no era el tipo de gato con el que se pudiera bromear.

—Mejor ahórrate tu “ah, Pinch”, y tus “buenos días” —sus ojos se achicaron y el pelo a rayas color jengibre de su lomo se erizó amenazante—; sólo concéntrate en mantenerte lejos de El Queso.

—¿El Queso? —preguntó Skilley sin parpadear—. ¿Qué hay con él?

—Ratones —respondió Pinch.

—¿Ratones? —los ojos de Skilley se ensancharon con falsa inocencia.

—Sí, ratones. El Queso está repleto de ellos.

—Ah.

—El mejor queso de Inglaterra, o al menos eso dicen. Y donde hay un queso así, hay ratones a montón.

Hizo una pausa y emitió un gruñido de placer.

—Gordos y jugosos. Rechonchos y redondos, jóvenes y... tiernos.

Su nariz olfateó como si tuviera cerca un nido lleno de ratoncitos.

—¿Un montón de ratones, dices? —interrumpió Skilley.

—La taberna es mi cubil: mantén tu distancia.

Skilley se sentó y relamió su garra mostrando desprecio. Para completar el gesto, se rascó tras la oreja.

—No sabía que tuvieras casa, Pinch.

—Sí, la tengo, y ahí está —dijo señalando la taberna con la cabeza.

—Mmm, qué raro —respondió Skilley—. Tienes casa en una cálida taberna, y sin embargo pasas el día en este empedrado gélido, con gatos de mi ralea.

—Bueno, será mi casa muy pronto. Espera y verás. El lugar está plagado de ratones y el amo está ansioso por conseguir un mata-ratones.

—¿El Queso busca un ratonero? —dijo Skilley al tiempo que un escalofrío nada desagradable reptó por su espina dorsal.

—Sí, ese ratonero soy yo, y si me haces enojar desgarraré tus...

Pero Skilley había abandonado el hilo de la conversación. ¿Un ratonero, eh? Un plan comenzaba a roer su mente; era un plan de una simplicidad tan cristalina que le sorprendió no haberlo concebido antes.

Se levantó de un perezoso estirón, y con un último vaivén de su torcida cola, dijo:

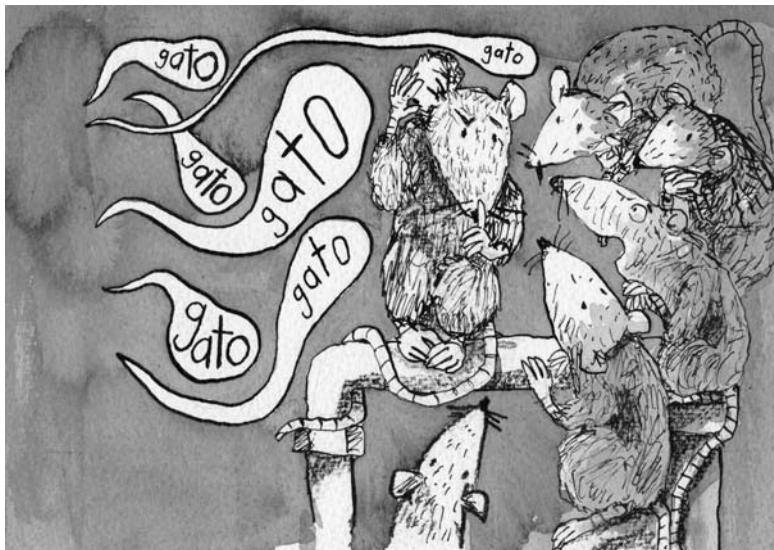
—Eres un gato especial, Pinch, y gracias.

—¿De qué? —gruñó enseguida el gato color jengibre—. ¿Qué hice?

EL  
Viejo  
Queso  
Cheshire



Skilley no respondió. Ya estaba absorto en la audacia de su atrevido plan, un plan tan astuto que iba a solucionar el resto de las nueve vidas que le quedaban.



—¿Qué oyes?

—¡Pip! Dinos qué están dicien...

—¡Shhh! —Pip alzó un dígito de su diminuta pata y lo presionó contra sus labios. De mala gana, sus compañeros ratones guardaron silencio.

Pip cerró los ojos y apoyó una de sus peludas y delicadas orejas contra la delgada pared que se alzaba entre él y el comedor

del Viejo Queso Cheshire. Para su desgracia la pared no era suficientemente delgada, sólo alcanzaba a distinguir una o dos palabras, y eso que a él no le resultaba difícil entender el lenguaje de los humanos, un arte que Pip alcanzó a dominar cuando vivía en el bolsillo de Nell, la hija del tabernero.

Mientras se esforzaba por oír, los pensamientos de Pip volvieron a aquel negro día en que su familia completa —incluidos sus cinco hermanos y hermanas— fue cruelmente asesinada por una mano desconocida.

“La cocinera Croomes”. Pip no tenía duda alguna sobre eso. “Su sangriento cuchillo de carnicero había sido encontrado en las inmediaciones del crimen, ¿cierto?”

Sólo Pip había sobrevivido, desde luego gracias a su inusual y diminuto tamaño. Nell había escuchado los chillidos y pudo rescatarlo de aquella sangrienta masacre. La furia y la aflicción de la muchacha eran tales que su respiración iba y venía entrecortada mientras ella subía y subía por la retorcida, sinuosa e inaudita

escalera de la taberna.

Se detuvo sólo cuando alcanzó la seguridad que le ofrecía el ático. Mientras sostenía a la pequeña criatura en el cuenco de

una mano, con la otra buscaba la bolsa en la que llevaba lana de oveja. Separó una pequeña nube de lana y la metió en el fondo del bolsillo de su delantal. Entonces, con mucha ternura, anidó a Pip ahí dentro.

Cuando escuchó el llanto entrecortado de Pip, la furia de Nell se desvaneció y en su lugar brotó un manantial de dolor que fluía tanto por ella como por el ratón.

La madre de Nell no había tenido una muerte violenta; muy al contrario: murió a causa de una enfermedad común y corriente. Pero no hubo tiempo para despedidas formales, pues simplemente se durmió y nunca más volvió a despertar, como la princesa de algún antiguo cuento. Nell y su padre sintieron como si ella nunca se hubiera ido, como si fueran a cruzarse con ella cualquier día en las escaleras.

Todos estaban de acuerdo en que Nell no había vuelto a ser la misma desde ese día. Los habitantes menos caritativos de la taberna llegaron incluso a decir que se había vuelto un poco loca.

No importa si Nell estaba lúcida, tonta o sólo profundamente triste. Lo cierto es que Pip había encontrado una amiga en la pequeña huérfana. Nell metió la mano en el bolsillo y acarició con la punta de un dedo el peludo lomo de Pip mientras susurraba:

—Ahora duerme. Nadie te hará daño mientras estés conmigo —dijo conteniendo un sollozo.

Aquel había sido el mejor y el peor día en la vida de Pip. Al menos hasta esa tarde, cuando al fin logró callar a sus compa-

ñeros el tiempo suficiente para poder escuchar la estruendosa voz del tabernero que pronunciaba aquella ominosa palabra...

Gato.

Skilley puso en marcha su plan en el instante mismo en que Pinch se alejó de él. Esmerándose por parecer apacible en caso de que su rival estuviera observando, Skilley caminó entre los humanos hasta que se perdió entre la multitud. Esperó unos instantes. Entonces, de un salto y una carrera se acercó a la modesta puerta de El Viejo Queso Cheshire, pero no se dirigió hacia la puerta trasera, desde donde diariamente se lanzaban a la alcantarilla pescado, huesos malolientes y budines gelatinosos, y donde sin duda estaría Pinch reunido con otros gatos, esperando la cena.

No. Skilley caminó directo hacia la puerta principal: tremenda imprudencia para un gato.

Dudó por un momento: no dudaba del plan en sí mismo, sino de su ejecución. El suyo era un plan perfecto que ahora se veía arruinado por... una puerta; y Skilley odiaba las puertas por sobre todas las cosas. Se sentó sobre sus ancas y reflexionó sobre su situación. Miró su garra derecha, luego la izquierda, y después examinó el enigmático picaporte. Mientras lo miraba fijamente, como en respuesta a su silencioso deseo, una mano enguantada salió de entre la niebla y empujó la puerta.

—Buenas tardes, señor Minino —dijo el dueño de la mano. Su voz sonaba como las onduladas y graves notas del gran órgano de tubos de la catedral de Saint Paul.

Skilley ignoró el saludo y entró como una flecha. El hombre y su acompañante lo alcanzaron poco después.

—Una tabla de quesos y un pan, Henry —pidió el primero al tabernero—. El señor Collins está un poco hambriento esta tarde.

Sacó una libreta de cuero del bolsillo de su abrigo y la puso sobre la mesa.

—¿Y quién es éste que viene con usted? —preguntó Henry.

—Pero ¿cómo? ¿No conoces a mi amigo Wilkie? Acaba de escribir un libro que tomará a Londres por sorpresa. Es acerca de una mujer fantasmal con un...

—¡Ay, escritores! —suspiró Henry—. Me refería a ese gato de ahí.

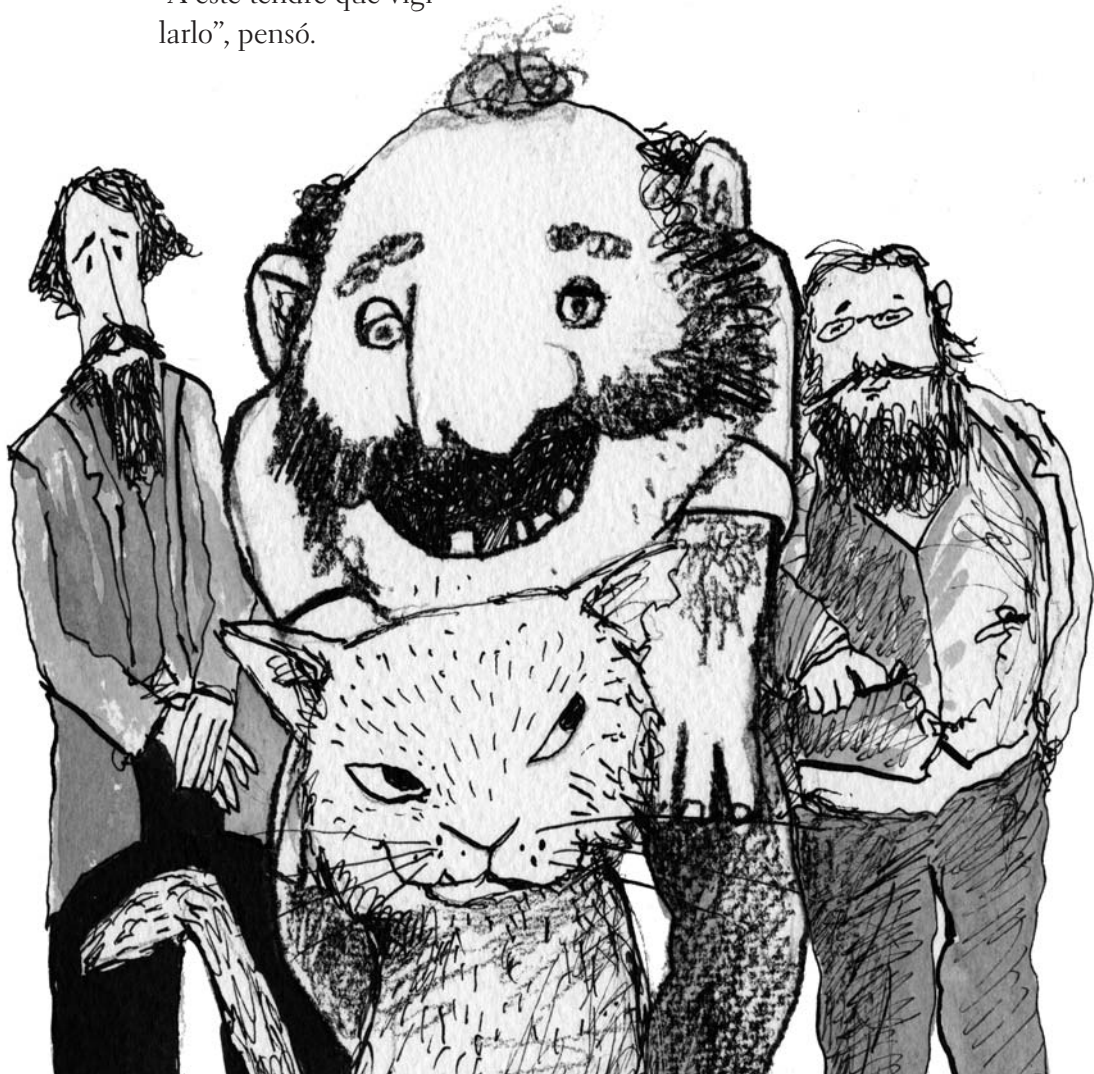
El tabernero inclinó la cabeza en dirección al gato. Todos los ojos se posaron sobre él. Skilley lanzó la expresión más malhumorada de la que era capaz, pues deseaba impresionarlos con su sincera ferocidad.

—Es sólo otro leal cliente de la taberna —respondió el señor Collins con una risotada y una respetuosa reverencia hacia Skilley—. Dale una rebanada del mejor queso que tengas, Henry.

El caballero de la melodiosa voz se quitó el abrigo y el sombrero y los colgó de un perchero.

—Quizá ha oído hablar de tus problemas y quiere recomen-  
darse como cazador de ratas. Sin duda luce feroz.

Las palabras de aquel hombre parecían serias, pero algo en su  
tono hizo pensar a Skilley que se aproximaban unas risotadas.  
“A éste tendré que vigi-  
larlo”, pensó.



—Cazador de ratones, si no le importa, señor —corrigió Henry bajando la voz—. En El Queso no hay ratas, señor, ¡gracias a Dios! ¡Aunque sí hay suficientes ratones como para poner histérica a Adele y volver loca a mi pobre Nell! Desde que Croomes llegó a nuestra cocina, hace ya diez inviernos, nuestro queso Cheshire está mejor que nunca, y parecería que todo ratón en Londres se ha enterado y ha venido a reclamar su parte.

Henry soltó un profundo suspiro de consternación y se volvió hacia Skilley.

—De acuerdo, entonces, caza-ratones.

El tabernero se inclinó hacia adelante, se colocó en cuatro patas y se dispuso a inspeccionar a Skilley con ojo crítico. Al parecer los callejones, los muelles y las alcantarillas de Londres habían tratado con rudeza al joven gato. La audaz evasión de coches, caballos y orinales, así como de las inevitables escobas de las pescaderas, le habían dejado una oreja desigual, numerosos rasguños y un diseño de cicatrices. Y también tenía la cola torcida; se diría que alguna vez fue quebrada dolorosamente, pero ¿qué o quién la habría roto?

—Sin duda un gato de aspecto cruel —dijo Henry después de un rato—. Pero ¿podrá atrapar ratones, señor Dickens?

Sin embargo, el gran escritor ya no lo escuchaba. Se había instalado en una esquina donde había iniciado un vigoroso garabateo en su libreta: escribía y tachaba, escribía y tachaba sin reparar en quienes lo rodeaban.

—No le haga caso —dijo el señor Collins señalando al señor Dickens con la cabeza—. Está alterado. Dice que no volverá a escribir.

—¿Qué? ¿Que nunca volverá a escribir?

—Y todo porque necesita un principio —respondió el señor Collins—. La primera edición de su nueva revista está por salir, pero el pobre Charles no sabe cómo comenzar su relato.

Sólo entonces respondió la pregunta de Henry acerca del gato:

—Si nos basamos en la apariencia del gato, siento pena por los pobres ratones.

Skilley recompensó al señor Collins con un grave gruñido.

Desde el otro lado de la pared, a través de la más diminuta de las grietas, un ratón de color estaño escuchaba con creciente alarma.

## *Ch. Dickens*

~~Eran, sin duda, días aciagos—~~

~~Eran tiempos crueles—~~

~~espantosos—~~

~~atrocies—~~

Era el peor de los días que ha visto el mundo—

Ay, ¿por qué no logro escribir para mi novela un principio que sobresalga de los demás?

Hoy estoy en El Viejo Queso Cheshire con mi amigo Wilkie. Esperaba con ansias una hermosa tarde de queso y camaradería, pero con el pozo de mis palabras completamente seco, no puedo más que desesperarme. Si tan sólo pudiera encontrar mis principios con tan poco esfuerzo como el que Henry invirtió para conseguir su caza-ratones...

Creo que simplemente saltaré al Támesis.

O me convertiré en farolero o en deshollinador.

En cualquier cosa, menos escritor.